

la guía constante de María de Maeztu: serían 250 las inscritas en la Residencia en el curso de 1935-36.

En todos estos años se había desarrollado una viva institución educativa dirigida a la mujer, con muy considerable resonancia y consecuencias para el conjunto social. Raquel Vázquez se detiene en todos sus trazos importantes, hasta el momento de su alteración, que ya será definitiva a partir de su recreación como Colegio Mayor Teresa de Cepeda en 1940.

Así queda compuesta una monografía muy ajustada, ordenada y bien compactada, que nos permite aproximarnos a otra de las valiosas facetas de la ILE y aún de la política cultural hispana del primer tercio del siglo XX.

ANTÓN COSTA RICO

XIRAU, J.: *Obras Completas*, edición de Ramón Xirau, Barcelona, Fundación Caja Madrid/Anthropos, 1998, 1999, 2000 (4 vols.).

Nos hemos de congratular porque se haya concluido la tarea iniciada hace unos años de reunir toda la obra escrita de Joaquín Xirau Palau (Figueras, 1895 - Ciudad de México, 1946). Filósofo de formación y pedagogo por vocación, Xirau se preocupó bajo la influencia de la Institución Libre de Enseñanza y, especialmente de Manuel Bartolomé Cossío, por las cuestiones educativas. Tanto es así que en 1930 fundó el Seminario de Pedagogía de la Universidad de Barcelona, núcleo de la primigenia Sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona (1933-1939). De hecho, Xirau ha sido el mejor representante de la Institución Libre de Enseñanza en Cataluña por más que otros intelectuales —como Joan Maragall, Hermenegildo Giner de los Ríos, Josep Pijoan, Cassià Costal o Joan Roura Parella— han dado cumplida cuenta de los vasos comunicantes que existieron entre Madrid y Barcelona durante la edad de plata de la cultura española (1900-1936).

A pesar de que con ocasión del centenario del nacimiento de Joaquín Xirau se celebraron una serie de actos a fin de recuperar su memoria, la verdad es que faltaba una empresa como la que ahora presentamos dedicada a reunir toda su producción bibliográfica escampada a ambos lados del Atlántico. No por azar, Xirau —uno de los promotores de la Unió Socialista de Catalunya— marchó pocas horas antes de la caída de Barcelona el 26 de enero de 1939 hacia el exilio formando parte de un grupo de intelectuales entre los que se encontraba el poeta Antonio Machado que se había refugiado en 1938 en Barcelona. Justamente en esta edición se incluye —en el volumen primero de los cuatro que integran la edición de estas *Obras Completas*— un breve escrito, redactado en los primeros meses de exilio y titulado «Por una senda clara», en el que Xirau narra su accidentada salida hacia la diáspora a través de las tierras ampurdanesas donde nació y que ya no volvería jamás a ver. Tras una breve estancia en Francia, llegó a México el 5 de agosto de 1939 después de un largo y penoso viaje. Siete años más tarde (1946) en la misma capital mexicana murió trágicamente en un accidente al ser atropellado por un tranvía cuando, junto a su hijo Ramón, se dirigía a la Facultad de Filosofía —el viejo edificio de Mascarones— de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Estas *Obras Completas* —cuya edición ha corrido a cargo de su hijo Ramón Xirau— ocupan cuatro extensos volúmenes, el segundo de los cuales recoge los escritos sobre educación y humanismo hispánico abriéndose con su magnífico estudio dedicado a «Manuel B. Cossío y la educación en España», cuya redacción data de 1944. Se ha de destacar que el primer volumen dedicado a los escritos fundamentales recoge una serie de prólogos y notas preliminares de diferentes autores (Ramón Xirau, Jordi Maragall, Emilio Uranga, Adolfo Sánchez Vázquez) que nos acercan a su doble dimensión personal e intelectual. Por su parte, el tercer y cuarto volúmenes que reúnen los escritos sobre historia de la filosofía (libros, artículos y ensayos) incluyen, respectivamente, dos

introducciones de Gabriela Hernández en torno a la presencia de Xirau en México y de Antoni Mora sobre la *paideia* republicana que ofrece una panorámica de la jefatura espiritual desarrollada por nuestro autor durante los años de la Segunda República. Precisamente fue entonces cuando, bajo la impronta institucionalista, Xirau promovió diversas empresas pedagógicas como el Institut-Escola de Barcelona (que dirigía el doctor Estalella) o la Escola Normal de la Generalitat de Catalunya. No hay que perder de vista que fiel a una tradición federal de signo republicano (Pi y Margall), Xirau incorporaba el sentimiento catalán al mundo español e hispánico, y por extensión, al sentido global de un internacionalismo en el que confiaba a pesar del fracaso inicial de la Sociedad de Naciones.

Hay que destacar que el volumen primero recoge su obra filosófica más creativa, destacando dos trabajos de inequívoca dimensión pedagógica y que constituyen al complementarse una de las filosofías de la educación más destacadas de la España del siglo XX. Nos referimos a *L'amor i la percepció dels valors* (1936) y *Amor y mundo* (1940). En realidad, muchas de las intuiciones y planteamientos de aquel primer escrito de 1936, elaboradas cuando la Guerra Civil ya había estallado, fueron incluidas —debidamente ampliadas y adaptadas al castellano— en *Amor y mundo*, obra de unas innegables perspectivas morales y pedagógicas y que, en opinión de su hijo Ramón, sigue siendo lo más esencial del pensamiento de Joaquín Xirau.

A través de los trabajos recopilados en esta ocasión se puede seguir perfectamente la génesis de su concepción de una filosofía de la conciencia amorosa, pieza clave de su arquitectónica pedagógica basada en el amor y en los valores que a su parecer son fijos, eternos, universales y necesarios. De este modo, la Segunda República —tan interesada en la cuestión de los ideales educativos— eligió a través de Xirau la vía de los valores (Brentano, Husserl, Scheler, etc.), con lo cual renunció a aplicar educativamente los principios formalistas e imperativos de la autonomía moral kantiana

que, a su entender, comportaba una dimensión dogmática impidiendo el normal desarrollo de la libertad de conciencia. En última instancia, el fundamento ontológico del ser radica en la axiología y no en una cosmovisión matematizante como la establecida por la razón moderna de corte físico-matemático (Descartes, Newton) que ha consumado la escisión entre la materia, reducida a pura extensión y movimiento, y la conciencia con su atributo esencial que no es otro que el pensamiento.

A partir de ahora tenemos, pues, la posibilidad de leer una serie de ensayos y artículos de difícil localización, como por ejemplo aquel escrito sobre la *Charitas* publicado el año 1938 en el que Xirau contrapone el amor pagano y el amor cristiano, es decir, el *eros/logos* griego y la *charitas/agape* cristiana, texto que Machado elogió públicamente. Sorprende que fuese durante los trágicos años de la Guerra Civil cuando Xirau desarrollase su teoría del amor, tema que unió a la axiología de los valores de Scheler, hasta el punto de elaborar una pedagogía de signo idealista, espiritualista y personalista. De tal fusión —del entronque entre su filosofía del amor y la axiología de los valores— surgió su pedagogía amorosa que se articula a manera de un vitalismo axiológico porque —en última instancia— la conciencia amorosa es la encargada de captar el mundo de los valores.

Tanto es así que la vida sólo adquiere valor si participa de los valores que se elevan por encima de la vida, ya que los valores constituyen un régimen transvital que impone las normas —elegidas con plena libertad de conciencia— que han de dirigir la conducta humana. De ahí que bajo la férula institucionalista, Xirau hiciese converger la filosofía en pedagogía y, finalmente, en mística. Si siguiendo a Platón la política exige pedagogía, no es menos verdad que de acuerdo con el krausismo la pedagogía demanda un horizonte religioso. En efecto, mientras en la etapa de la Segunda República Xirau prologa el libro de Rafael Campalans *Política vol dir Pedagogia* (1933), en los años de exilio y cuando destaca el papel de Julián Sanz del Río y del

krausismo, asegura sin reservas que «política es pedagogía, y pedagogía, metafísica y religión» (OC, II, p. 561).

Es evidente que el trasfondo religioso de la unidad orgánica, viva y armónica del krausismo sirve a Xirau para conciliar la escisión moderna —una de las causas de la crisis de la cultura contemporánea— entre el *logos* y el *eros*, entre la materia y el espíritu, entre el pensamiento y la vida, entre el mundo de lo real y la esfera de lo ideal, entre el intelecto y el amor, entre el mundo de existencias y el mundo de los valores; entre la ontología moderna que reduce los entes a cosas y la axiología, o dicho de otra manera, entre el espíritu geométrico de la razón físico-matemática (Descartes, Newton) y el orden amoroso de la razón cordial (San Agustín, Pascal). Ahora bien, Xirau huye del panteísmo de Spinoza y de Krause y de acuerdo con la filosofía de Sanz del Río opta a favor de una posición monoteísta que concibe a Dios como Ser en la unidad infinita y absoluta. Planteadas así las cosas, podemos decir que Xirau busca, frente a la fragmentación impuesta por la razón mecánica de la ciencia moderna, la unidad a fin de vivir y obrar en unidad, lo cual ha de permitir tener un ideal y la conciencia de un destino que se ha de realizar plenamente en el reino del amor. No hay duda que esta actitud confirió a su trayectoria una dimensión mística que se hizo explícita —más aun si cabe— durante los años de exilio en América cuando la crisis desencadenada por la Segunda Guerra Mundial y la nostalgia de España le condujo hacia un humanismo hispánico que entroncaba la religiosidad krausista (Cossío), la *Phisolophia Christi* (Moro, Vives, Vitoria) y el espíritu franciscano (Llull) en una amalgama ideal y utópica.

Y todo ello en sintonía con la tradición cristiana según la cual el amor es vida, vida suprema y creadora, de manera que la conciencia amorosa será la fuente de toda educación: educar es, en esencia, amar. De acuerdo con estos principios, sólo es posible llevar las personas a la plenitud de su ser y de su amor si nos colocamos frente a ellas y las consideramos con intelecto de amor. Gracias al amor todos los caminos

son claros y todas las perspectivas luminosas. La divisa a seguir no es otra que la conocida expresión *ama y haz lo que quieras* (*ama et fac quod vis*), según la fórmula de Agustín en el comentario a la epístola primera de San Juan cuando se refiere a la caridad fraterna, al amor que se deben entre sí los cristianos y a los efectos del mismo.

De conformidad con San Agustín, Xirau nunca ve en el amor el *eros* de la generación y del nacimiento, sino una dávida generosamente otorgada por la *caridad* de Dios en la que únicamente se puede realizar en su plenitud la noción de *agape*. De la misma forma que Dios tomó la iniciativa en la donación del amor, el amor es previo a cualquier otra cosa, es algo incondicionado, una especie de *a priori*, o si se quiere, una verdadera condición de posibilidad. De hecho, no es que el conocimiento nos conduzca hasta el amor, sino al contrario, el amor —tal como postulaba Llull— se ha hecho para pensar y no el pensamiento para estimar. El amor se perfila a modo de una intuición al fundamentarse en un conjunto de razones cordiales: ni el conocimiento, ni la fuerza, ni la aptitud artística, ni la preparación técnica son suficientes para despertar el amor. Además, sin amor no hay valores: el amor es el valor supremo, la fuente y el origen de cualquier valor. Así pues, la relación entre amor y valor es íntima y directa. El amor se encarga de descubrir los valores, de iluminarlos, pero se ha de añadir que ni los promueve, ni los crea, simplemente los descubre. De aquí resulta una teoría de la formación humana que tiene únicamente sentido si permite el despliegue espiritual porque «solo merece la pena de ser vivida una vida consagrada a los valores ideales».

Tal como su hijo Ramón ha indicado, Joaquín Xirau quiso salvarnos del nihilismo y de los peligros de una cultura relativista que abocó al mundo a una profunda crisis después de la Primera Guerra Mundial (1914-18). En realidad, Xirau se siente heredero de una cultura que es consecuencia de un cruce de caminos que proviene de Asia (Cristo), de Europa (Sócrates) y de África (Agustín). En este sentido su obra recuerda el esfuerzo que hizo Scheler a fin

de oponerse a la transmutación de los valores anunciada por Nietzsche. A fin de evitarnos estos males, Xirau propone una pedagogía de la vida basada en una profunda convicción vitalista (Bergson) abierta al mundo de las esencias (Husserl) y valores (Scheler): vida es espíritu, el espíritu es libertad. En consecuencia, y según el ejemplo de Cossío, educar implica *vivificar*, hacer vivir, dar vida, es decir, espiritualizar, hacer posible que el educando viva libremente una vida auténtica a través de la esencia creadora de unos valores espirituales transmitidos históricamente gracias a la cultura occidental que, acechada en el continente europeo por la barbarie totalitaria, se ha trasladado —a partir de la década de los años treinta— a América. Desde allí y gracias a la convergencia entre el mundo hispánico y anglosajón —«nada se parece tanto al caballero español como el *gentleman* inglés», escribe Xirau en el exilio mexicano en 1942—, la cultura occidental ha de vivificar de nuevo a la humanidad y, por consiguiente, a la vieja Europa.

Valgan estas notas para significar la dimensión espiritualista del pensamiento de Xirau que bebe en las fuentes de la religiosidad krausista —fiel al modelo de su maestro Cossío—, practicó un cristianismo que no hace tanto hincapié —son palabras de Machado— en el Cristo de la crucifixión unamuniano como en el Cristo que propugna y predica el reino del amor. Por tanto, su filosofía de la educación descansa en un orden amoroso presentado —en una línea que recuerda la tesis de Werner Jaeger— como la integración de la *paideia* griega y de la *paideia* cristiana. Bien mirado, Xirau es esencialmente un filósofo que elabora un verdadero *ordo amoris*: sólo el descubrimiento cristiano de la interioridad —en una línea en la que resuenan las palabras de Agustín *in interiore homine habitat veritas*— puede romper el régimen de exterioridad que impone la visión griega del mundo y, por extensión, de la educación. Mientras los antiguos miraban las cosas desde fuera, los modernos lo hacen desde dentro. En efecto, si para los griegos siempre se trata de «cosas» y de relaciones entre «cosas», los modernos fijan su atención en las «personas» y en las relaciones

entre «personas». Por más que el mundo antiguo está integrado de planos, superficies y cuerpos, el mundo moderno —que asume los principios de la tradición cristiana— es una comunión de espíritus personales. Por consiguiente, se ha pasado de la *areté* clásica (el ideal se encuentra fuera de la vida personal) a una nueva concepción de la virtud según la cual la perfección no es una ascensión dialéctica hacia el bien exterior, sino plenitud y recogimiento interior. Al fin y al cabo, el cristianismo supone la existencia de un *ordo amoris* que se convierte en el resorte para el establecimiento de la sociedad ideal en la que Xirau soñaba, una especie de síntesis entre la *República* platónica, la *Ciudad de Dios* de Agustín, la *philosophia Christi* de Erasmo, la *Utopía* de Tomás Moro y el humanismo hispánico (Vives, Vitoria) que continuó en América (Vasco de Quiroja, Las Casas, fray Alonso de la Veracruz), pasado todo ello por el cedazo del krausoinstitucionismo.

Conviene no olvidar que Xirau entendía la pedagogía a la manera platónica. Quizás por ello —una vez establecido en México— inició la traducción de la famosa *Paideia* de Jaeger, versión que finalmente no concluyó. Desde esta concepción pedagógica —que también es la de la *Bildung* germánica que, al fin de cuentas, había favorecido la proliferación de las cátedras de Pedagogía a comienzos del siglo XX—, se patentiza que Xirau vio la necesidad de establecer en Barcelona un Seminario para el estudio universitario de la pedagogía que a partir de aquel momento —y con la colaboración de Emilio Mira, ambos codirectores de la *Revista de Psicología i Pedagogía* (1933-1937)— se perfiló como ciencia de la acción educadora. Dicho con otras palabras: la pedagogía había de abordar la educación como la relación activa y viva que se da entre el educando y el educador, relación amorosa donde domina el amor mutuo y recíproco.

Al definir la pedagogía como ciencia de la acción educadora, Xirau destaca la dimensión praxiológica de la educación en una línea de pensamiento en la que convergen diferentes elementos, a saber, la visión orgánica de Krause, el reclamo de Goethe por la acción, el primado práctico

de la filosofía de Fichte, la pasión vivificadora de Cossío, una conciencia amorosa de signo cristiano (Agustín), la tradición franciscana (Llull), la existencia de un mundo eidético que configuran los valores (Husserl, Scheler, Landsberg) y la invocación a una filosofía espiritualista de talante humanista. Con estos presupuestos, Xirau se aleja de una educación entendida a modo de reforma del individuo (es decir, la educación a manera de un proceso de disciplina y corrección exterior), apartándose igualmente del desarrollo libre de la espontaneidad del educando según el naturalismo de Rousseau. He aquí la fórmula de Xirau: ni disciplina, ni espontaneidad, ya que todo depende de la acción de la actitud amorosa gracias a la cual el maestro enamora y el discípulo estima.

Es obvio que los planteamientos de Xirau —con su llamada al *ordo amoris*, base de una inequívoca dialéctica amorosa—

tienen algo de sentimental y de romántico, más todavía si consideramos que participan de una actitud espiritual y de un impulso vital. Por esto cuando llegó a México donde encontró un panorama filosófico dominado por el neokantismo, Francisco Larroyo le dedicó un libro con el expresivo título de *El romanticismo filosófico de Joaquim Xirau* (1941). Aunque la obra era crítica, Ramón Xirau comenta que probablemente su padre hubiese aceptado cierta proximidad al romanticismo si ello significa tener alguna cosa a ver con el entusiasmo, los sentimientos y la vida activa. A la vista de lo dicho, podemos concluir diciendo que Joaquín Xirau es el pedagogo del amor: de un amor puro que no implica pasión ni irracionalidad, sino claridad y luz, o lo que es lo mismo, plenitud espiritual en la búsqueda de los valores.

CONRAD VILANOU